

La caída del león

***De la esperanza libertaria al ocaso solitario
de Javier Milei***

Aviso al lector

Este libro es una **narrativa literaria de carácter satírico y político**. No constituye denuncia ni investigación periodística. Se trata de un ejercicio de ficción inspirado en hechos de dominio público, interpretados con libertad creativa, **“liberalismo narrativo”**.

Si algún lector cree reconocer algo más, corre por su cuenta: la literatura siempre fue más libre que la realidad.

Índice

Prólogo

- El silencio del rugido *Pag.4*

Parte I – El Ascenso

1. El outsider del prime time *Pag.7*
2. La esperanza del león *Pag.10*
3. El faro libertario *Pag.13*

Parte II – El Poder

4. El experimento argentino *Pag.16*
5. El encuentro con Musk *Pag.19*
6. El encuentro con Trump *Pag.22*
7. Los enemigos internos *Pag.25*

Parte III – El Ocaso

8. Los vetos derrotados *Pag.28*
9. Mercados en llamas *Pag.31*
10. La derrota en Buenos Aires *Pag.33*
11. Los escándalos de familia *Pag.36*
12. La soledad del poder *Pag.43*

Epílogo

- El último rugido *Pag.46*

Capítulo final

13. El juramento silencioso *Pag.48*

Prólogo: El silencio del rugido

El aire del búnker olía a derrota. Una mezcla agria de café frío, sudor rancio y la energía estática de cien pantallas de televisión encendidas. Nadie hablaba. El silencio era un objeto pesado, una manta que asfixiaba los últimos rescoldos de esperanza en el centro de operaciones de La Libertad Avanza. Afuera, en las calles de una Buenos Aires indiferente, la noche del domingo se cerraba sobre el experimento político más disruptivo de la historia argentina.

En los monitores, los rostros exultantes de los líderes de la oposición se repetían en un bucle infinito. Hablaban de unidad, de reconstrucción, de volver a la normalidad. Cada palabra era un martillazo sobre el ataúd del león. En el centro de la sala, una mesa larga con bandejas de sándwiches de miga intactos parecía una ofrenda fúnebre. Nadie tenía hambre.

Javier Milei estaba sentado en un sillón de cuero negro, apartado del resto. No miraba las pantallas. Su vista estaba fija en un punto invisible en la alfombra gastada. Durante años, su presencia había sido un estruendo, un rugido que sacudía los cimientos de la política. Ahora, su quietud era antinatural, aterradora. Su hermana Karina, "El Jefe", se movía como un fantasma entre los pocos leales que quedaban, su rostro una máscara de furia contenida. Evitaba la mirada de Santiago Caputo, el

estratega, quien a su vez miraba su teléfono como si en él pudiera encontrar una realidad alternativa. La manada se había dispersado.

La provincia de Buenos Aires, ese monstruo electoral que concentra casi el 40% del padrón y el corazón del poder peronista, había dictado sentencia. No había sido una derrota. Había sido una aniquilación. Un rechazo visceral, desde las barriadas más humildes del conurbano hasta los barrios cerrados que alguna vez lo habían visto como un salvador. El león había sangrado en su propia jaula.

Un asesor joven, con los ojos enrojecidos, se acercó al Presidente. No se atrevió a hablar. Solo se quedó de pie, esperando una orden, una reacción, un rugido. Cualquier cosa. Pero Milei no se movió. Siguió mirando el suelo, atrapado en un silencio que era más elocuente que cualquiera de sus discursos incendiarios. El poder de un populista reside en el ruido, en la furia, en la performance constante. Su derrota no era solo política; era un silenciamiento existencial. El mito se había evaporado, dejando solo al hombre.

Finalmente, levantó la vista. Sus ojos se encontraron con su propio reflejo en la pantalla oscura de un televisor apagado. No vio a un león. Vio a un hombre cansado, de pelo revuelto y ojeras profundas. Un rey destronado en su propio palacio de espejos.

¿Cómo el león más feroz de la política argentina
había terminado así, solo, en silencio, atrapado en el
reflejo de su propia jaula?

Parte I – El Ascenso

Capítulo 1: El outsider del prime time

La televisión argentina de la década de 2010 era un circo de varias pistas. Políticos, periodistas y mediáticos se gritaban unos a otros en paneles caóticos, donde la razón era la primera víctima. Y en ese ecosistema de ruido y furia, irrumpió una anomalía. Un economista de peinado indomable, campera de cuero y una energía volcánica que no encajaba en ningún molde. Su nombre era Javier Milei.

No era un invitado más. Era un evento. Los productores de televisión descubrieron pronto que tener a Milei en el plató era garantía de rating. Era impredecible, agresivo, un polemista nato que no debatía, sino que demolía. Con una sólida formación académica —licenciado en Economía por la Universidad de Belgrano y dos maestrías—, usaba su conocimiento no para ilustrar, sino como un arma para humillar a sus oponentes. "¡Asno!", "¡Burro!", "¡Zurdo de mierda!", gritaba a políticos y colegas, sus ojos encendidos de una furia que parecía genuina.⁹

Su personaje era una construcción meticulosa. Era el economista que citaba a teóricos de la Escuela Austríaca y el rockero que había sido cantante en una banda tributo a los Rolling Stones. Era el académico

que había escrito libros como *Pandenomics* y *El camino del libertario* y el showman que protagonizaba su propia obra de teatro,

El consultorio de Milei. Conducía un programa de radio llamado

Demoliendo mitos, un título que era toda una declaración de intenciones.

Milei entendió, antes que nadie, que en la era de la indignación, la controversia era la moneda más valiosa. Transformó el debate político en un reality show y se coronó como su estrella indiscutible. Cada aparición era una performance. Rompía piñatas que simbolizaban al Estado, arrancaba de una pizarra los nombres de los ministerios que prometía eliminar al grito de "¡Afuera!". Los videos de sus exabruptos se volvían virales, acumulando millones de vistas. No era un político buscando consenso; era un gladiador buscando la aniquilación de su rival en la arena mediática.

La "casta política", como él la bautizó, lo subestimó. Lo veían como un personaje pintoresco, un bufón útil para entretener a la audiencia mientras se discutían los temas "serios". No comprendieron que él estaba redefiniendo las reglas del juego. Mientras ellos hablaban un lenguaje acartonado y predecible,

él hablaba el idioma de la calle: el de la bronca, la frustración y el hartazgo.

Una noche, tras un debate particularmente violento en el que Milei había acusado a una periodista de "burra" y casi llegado a los golpes con otro panelista, el productor ejecutivo del canal apagó el monitor de su oficina. Se quedó un momento en silencio, escuchando los ecos de los gritos desde el estudio. Luego, se volvió hacia su asistente.

—Este tipo no es un economista —dijo, con una mezcla de admiración y espanto—. Es una bomba de tiempo. Y la gente no puede dejar de mirar.

Capítulo 2: La esperanza del león

Argentina se ahogaba. Era una asfixia lenta, cotidiana, que se sentía en cada rincón del país entre 2019 y 2023. Se sentía en el almacén de barrio, donde el dueño remarcaba los precios tres veces al día con un fibrón tembloroso. Se sentía en la farmacia, donde una jubilada debía elegir entre comprar la medicación para la presión o la del corazón. Se sentía en la mirada de los jóvenes, profesionales con títulos universitarios que solo veían un futuro posible: el aeropuerto de Ezeiza.

La economía era un paciente en terapia intensiva. La inflación anualizada galopaba por encima del 100%, un impuesto brutal que pulverizaba los salarios y convertía el peso en papel mojado. La pobreza escalaba sin piedad, atrapando a más del 40% de la población.¹⁴ El gobierno de Alberto Fernández, una coalición peronista fracturada por internas feroces, parecía un piloto sin brújula en medio de una tormenta perfecta, aplicando parches inútiles mientras el barco se hundía.

Este colapso no era solo económico. Era, sobre todo, una profunda crisis de fe. Décadas de promesas rotas, de ciclos de ilusión y desengaño, habían aniquilado la confianza en la clase política tradicional. La "bronca social" no era un eslogan periodístico; era una energía palpable, una mezcla de

rabia, impotencia y desesperación que buscaba un cauce, un catalizador.

Y entonces, desde las pantallas de televisión, surgió una voz que le puso nombre a esa bronca. Javier Milei no ofrecía un complejo plan de gobierno. Ofrecía un diagnóstico simple y brutal: la culpa no es tuya. La culpa es de ellos. La "casta". Un término genial que aglutinaba a todos: políticos de todos los partidos, sindicalistas, empresarios prebendarios, periodistas ensobrados. Eran parásitos que vivían a costa de la gente honesta.

Su mensaje era un llamado a la rebelión. Transformó la victimización en épica. Los argentinos no eran pobres corderos indefensos. Eran leones dormidos, a los que la casta había engañado y sometido. Y él no venía a pastorearlos. Venía a despertarlos.

"Yo no vine a guiar corderos, vine a despertar leones", rugía en sus actos, y la multitud, compuesta por jóvenes que nunca habían visto un país estable y adultos que habían perdido los ahorros de su vida una y otra vez, rugía con él. La frase fue un conjuro. Convirtió la desesperanza en una fe mesiánica. Milei no era un candidato; era un profeta. No prometía una simple mejora económica; prometía venganza. Una purga bíblica que arrasaría con los corruptos y devolvería el poder a sus legítimos dueños: los leones.

En un acto de cierre de campaña en una avenida de Buenos Aires, bajo una llovizna fría, un periodista se acercó a un joven que sostenía un cartel con la cara de Milei superpuesta al cuerpo de un león. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¿Por qué lo seguís? —le preguntó el periodista.

El joven lo miró, con una intensidad que desarmaba.

—No sé si sus ideas funcionarán. Solo sé que es el único que dice lo que todos sentimos. Es nuestra última esperanza.

Capítulo 3: El faro libertario

El león cruzó las fronteras. Antes incluso de ganar la presidencia, Javier Milei ya jugaba en el escenario global. Su estrategia era audaz: convertir su cruzada argentina en un capítulo de una "batalla cultural" mundial contra el socialismo, el globalismo y la "ideología woke".⁹

Su primer gran desembarco fue en Davos, Suiza, el santuario del establishment global. Ante el Foro Económico Mundial, no fue a pedir inversiones ni a mostrarse moderado. Fue a patear el tablero. Con un discurso filoso y sin concesiones, acusó a los líderes mundiales de ser parte del problema, de promover ideas socialistas que solo traen miseria. "Occidente está en peligro", les advirtió, mientras ellos lo escuchaban con una mezcla de estupor y condescendencia.

La reacción fue la esperada: la élite globalista lo tildó de excéntrico, de peligroso. Pero Milei no les hablaba a ellos. Le hablaba a su público en Argentina y a una creciente red de simpatizantes en todo el mundo. Para el argentino promedio, acostumbrado a ver a sus presidentes mendigar en foros internacionales, la imagen de Milei desafiando a los poderosos era electrizante.

El verdadero objetivo de sus giras era otro. Buscaba la validación de sus pares ideológicos. Viajó a España para abrazarse con Santiago Abascal, líder

del partido de derecha Vox. Y su destino predilecto fue Estados Unidos, donde fue recibido como una estrella de rock en la Conferencia de Acción Política Conservadora (CPAC), el gran cónclave de la derecha estadounidense.

Allí, en Washington, su discurso fue diferente. No era el profeta apocalíptico de Davos, sino el líder esperanzado de una revolución triunfante. "Argentina puede ser un faro para el mundo", proclamó ante una audiencia que lo ovacionaba de pie. Se presentaba como la prueba viviente de que las ideas de la libertad podían derrotar al socialismo en las urnas.

Estos viajes cumplían un doble propósito. Hacia adentro, cada foto con una figura internacional, cada discurso en un escenario importante, reforzaba su imagen mesiánica. Ya no era un simple político local; era un líder de talla mundial. Hacia afuera, se posicionaba como un ideólogo clave en el ajedrez de la nueva derecha populista. No era una anomalía argentina, sino la vanguardia de un movimiento global. Estaba internacionalizando su revolución.

Tras su encendido discurso en la CPAC, un veterano estratega del Partido Republicano, que había trabajado en varias campañas presidenciales, se acercó a un colega en el lobby del hotel. Tomó un sorbo de su whisky y, con una sonrisa torcida, le dijo:

—Este tipo no solo está compitiendo por la presidencia de Argentina. Está haciendo una audición para ser un profeta global.

Parte II – El Poder

Capítulo 4: El experimento argentino

La Casa Rosada, en los primeros días de diciembre de 2023, se había convertido en un laboratorio. Un pequeño y hermético grupo de leales, liderado por el propio Milei, trabajaba contra reloj, en secreto. El objetivo: condensar una revolución en un único documento legal. No querían reformar el Estado argentino. Querían demolerlo y construir uno nuevo sobre sus cenizas.

El instrumento elegido fue un Decreto de Necesidad y Urgencia (DNU), una herramienta constitucional diseñada para emergencias extraordinarias que le permitía al presidente legislar sin pasar por el Congreso. Para Milei, cuya coalición era una minoría raquítica en ambas cámaras, el Congreso no era un poder a respetar, sino un nido de la "casta", un obstáculo a sortear.

El resultado fue el DNU 70/2023, bautizado por la prensa como el "megadecreto". Sus 366 artículos eran un tsunami desregulador que buscaba dismantlar de un plumazo casi un siglo de legislación argentina. La noche del 20 de diciembre, flanqueado por su gabinete en el histórico Salón Blanco, Milei se dirigió al país por cadena nacional para anunciar su terapia de shock.

Con un tono monocorde, casi quirúrgico, desgranó un listado de 30 de las reformas más impactantes, una andanada que dejó al país sin aliento:

1. Derogación de la Ley de Alquileres, liberando precios y plazos a la voluntad de las partes.
2. Una reforma laboral masiva que limitaba el derecho a huelga, facilitaba los despidos y modificaba el sistema de indemnizaciones.
3. La transformación de todas las empresas del Estado en sociedades anónimas, como paso previo a su privatización.
4. La derogación de leyes que regulaban los precios de los supermercados (Ley de Góndolas), el abastecimiento de productos esenciales (Ley de Abastecimiento) y la compra de tierras por parte de extranjeros (Ley de Tierras).
5. La desregulación total de la medicina prepaga, los servicios de internet satelital y el sector turístico.

La reacción fue inmediata y sísmica. Mientras Milei aún hablaba, en los balcones de Buenos Aires y otras ciudades comenzaron a sonar las cacerolas, el sonido familiar de la protesta argentina. La Confederación General del Trabajo (CGT), la poderosa central sindical, declaró el estado de alerta y movilización, denunciando el DNU como un ataque frontal a los derechos de los trabajadores y amenazando con un paro general. La oposición política, todavía aturrida por la derrota electoral, despertó de su letargo,

denunciando el decreto como inconstitucional y un avasallamiento de la división de poderes.

El DNU no era un simple paquete de medidas económicas. Era una declaración de guerra. Un acto de "shock and awe" político diseñado para paralizar a la oposición y presentar al Congreso y a la Justicia un hecho consumado. Milei no buscaba negociar su revolución. Buscaba imponerla.

En su despacho del Senado, un veterano legislador peronista, que había sobrevivido a mil batallas políticas, observaba la cadena nacional. Cuando Milei terminó de hablar, apagó el televisor. El silencio en la habitación era denso. Miró a su joven asesor, que estaba pálido.

—No vino a gobernar —dijo el senador, con una voz grave y cansada—. Vino a demoler. Y la guerra acaba de empezar.

Capítulo 5: El encuentro con Musk

Fue un romance moderno, gestado a la vista de todos en la plaza pública de la red social X. De un lado, Elon Musk, el magnate tecnológico, el hombre más rico del mundo, un provocador con un ejército de seguidores. Del otro, Javier Milei, el presidente anarcocapitalista, el león que rugía contra el establishment. Su afinidad ideológica, su desprecio

por la burocracia y su amor por la "libertad" se manifestaron en una serie de intercambios públicos que la prensa bautizó como un "bromance".

Pero el clímax de esta relación no fue virtual. Fue un evento meticulosamente coreografiado en la Gigafactoría de Tesla en Texas, un templo de la innovación tecnológica. El encuentro fue un espectáculo mediático con un guion perfectamente estudiado. Milei, en su rol de profeta de la desregulación, le regaló a Musk una réplica de la motosierra que se había convertido en el símbolo de su gobierno, un ícono de su promesa de "cortar" el gasto estatal.⁴⁴ Musk, encantado, la blandió para las cámaras.

La foto de ambos, con los pulgares en alto, dio la vuelta al mundo. Para Milei, era una victoria de relaciones públicas de valor incalculable. La imagen lo asociaba con el futuro, la tecnología y el éxito empresarial. Era el sello de aprobación del innovador más famoso del planeta, una validación que ningún político tradicional podría comprar.

Pero detrás del espectáculo, se movían las placas tectónicas de la geopolítica y los recursos estratégicos. La amistad entre Milei y Musk no se basaba solo en ideas compartidas. Se cimentaba sobre un metal blanco y liviano: el litio. Argentina, junto con Bolivia y Chile, forma el "triángulo del litio", poseedor de las mayores reservas mundiales

de este mineral, un componente esencial para las baterías de los autos eléctricos de Tesla.

Musk, un pragmático hombre de negocios, necesitaba asegurarse el suministro de litio para su imperio. El gobierno de Milei, con su promesa de eliminar regulaciones ambientales y sociales, convertía a Argentina en el lugar ideal para una explotación rápida y a bajo costo. Su retórica libertaria compartida era la coartada ideológica perfecta para lo que, en esencia, era un acuerdo estratégico de recursos. La reunión no era solo un encuentro de mentes afines; era una convergencia de intereses corporativos y nacionales.

La narrativa oficial habló de "defender las ideas de la libertad" y "liberar los mercados". Pero en el mundo real, la libertad a menudo tiene un precio y un propósito.

En una recreación de la conversación privada, una vez que las cámaras se apagaron y los asesores se retiraron, la escena cambia. Musk deja la motosierra de juguete sobre una mesa. Su sonrisa se desvanece, reemplazada por una mirada de intensa concentración. Se vuelve hacia Milei.

—Olvídate de las motosierras —dice, su voz ahora directa, sin adornos—. Hablemos del litio. ¿Qué tan rápido puedes sacarlo de la tierra?

Capítulo 6: El encuentro con Trump

El peregrinaje de Javier Milei en busca de validación global tuvo su apoteosis en Mar-a-Lago, la opulenta residencia de Donald Trump en Florida. El encuentro fue más que una reunión bilateral; fue una coronación. En el corazón del movimiento MAGA, rodeado de la parafernalia de la derecha populista estadounidense, el león argentino fue recibido no como un jefe de estado extranjero, sino como uno de los suyos.

El abrazo entre Milei y Trump fue el símbolo de una nueva alianza, una internacional de líderes nacionalistas que compartían un enemigo común — el "socialismo global"— y un eslogan intercambiable: "Make America Great Again", "Hacer a Argentina grande de nuevo". En sus discursos, ambos se prodigaron elogios mutuos, reconociéndose como disruptores que habían llegado al poder para desafiar al orden establecido.

Para el gobierno de Milei, la foto con Trump fue un triunfo. En Argentina, sus seguidores celebraron con euforia en las redes sociales. El abrazo del líder más poderoso de la derecha mundial era la confirmación de que la revolución libertaria no era un capricho local, sino parte de una ola histórica global.

Sin embargo, en las cancillerías de Europa y en los pasillos de los organismos multilaterales, la reacción

fue de fría preocupación. La decisión de Milei de alinear de manera tan explícita y personal la política exterior argentina con la figura de Trump era una apuesta de alto riesgo. Rompía con décadas de una tradición diplomática de no alineamiento y pragmatismo, que buscaba mantener buenas relaciones con todas las potencias.

Esta nueva postura no era simple diplomacia; era una declaración de lealtad en una guerra cultural global. Milei no veía la política exterior a través del prisma del interés nacional, sino del de su "batalla cultural". El beneficio inmediato era claro: el apoyo incondicional de un futuro o presente presidente de Estados Unidos en foros clave como el Fondo Monetario Internacional. Pero el costo a largo plazo era enorme: la alienación de la otra mitad del espectro político estadounidense y de socios europeos clave, cuyo voto también era crucial en esas mismas instituciones.

Era una jugada que privilegiaba la pureza ideológica sobre la cautela diplomática, una decisión que ataba el destino de Argentina a la suerte de un solo hombre y un solo movimiento político en un mundo cada vez más polarizado.

En Washington, un embajador europeo con décadas de experiencia observaba las noticias del encuentro en Mar-a-Lago. Apagó el televisor y caminó hacia su escritorio. Tomó una hoja de papel con membrete

oficial y redactó un cable cifrado para su capital. El mensaje era breve y lapidario.

"Argentina ha elegido su bando. Debemos ajustar nuestras expectativas en consecuencia".

Capítulo 7: Los enemigos internos

El poder se convirtió en una fortaleza sitiada. La Casa Rosada ya no era un centro de gobierno, sino el cuartel general de una guerra en múltiples frentes. La retórica de campaña de "nosotros contra ellos" de Javier Milei, tan efectiva para ganar una elección, se reveló catastrófica para gobernar. El león, enjaulado en su propia paranoia, veía enemigos por todas partes.

El primer frente de batalla fue con los gobernadores. En la lógica de Milei, los líderes provinciales no eran socios institucionales, sino señores feudales de la "casta" que solo buscaban sabotear su gobierno para proteger sus privilegios. Cuando las provincias reclamaron los fondos de coparticipación que les correspondían por ley, Milei estalló. En público y en privado, los acusó de querer "destruir al Gobierno Nacional" y de ser todos miembros del "partido del Estado". Las reuniones se volvieron gritos; la negociación, una extorsión.

El segundo frente fue la calle. La CGT, la columna vertebral del sindicalismo peronista, respondió a la reforma laboral del DNU con una demostración de fuerza abrumadora. El país se paralizó con el tercer paro general contra su gobierno. Cientos de vuelos fueron cancelados, afectando a decenas de miles de pasajeros. La industria se detuvo casi por completo. La respuesta del gobierno fue el desdén. Calificaron

la huelga como un "fracaso", un "paro de la casta sindical kirchnerista". No había intento de diálogo, solo la descalificación del adversario.

El frente más peligroso, sin embargo, era el interno. El poder real no residía en los ministros, sino en un círculo de hierro impenetrable formado por su hermana, Karina Milei, "El Jefe", y su principal operador, Eduardo "Lule" Menem.⁵⁶ Ellos eran los guardianes de la ortodoxia, los que decidían quién tenía acceso al presidente, qué se firmaba y quién era purgado. Los ministros eran meros ejecutores, a menudo humillados y desautorizados por este dúo que operaba en las sombras. El gobierno se convirtió en un nido de intrigas y desconfianzas.

La incapacidad de Milei para pasar del modo campaña al modo gobierno estaba uniendo a una oposición diversa en su contra. Su visión binaria del mundo, donde solo existían leales y traidores, alienaba a posibles aliados y convertía cada desacuerdo político en una batalla existencial. El Estado que debía liderar se había transformado en un campo de batalla.

Una noche, un ministro de perfil técnico, uno de los pocos que había creído genuinamente en la posibilidad de una reforma liberal seria, presentó su renuncia indeclinable. No hubo escándalo público. Se fue en silencio. Días después, se encontró con un

viejo amigo periodista en un café discreto de Recoleta.

—¿Qué pasó? —le preguntó el periodista.

El exministro revolvió su café durante un largo rato. Finalmente, levantó la vista, sus ojos llenos de una profunda desilusión.

—Vine a servir en un gobierno, pero esto no es un gobierno. Es una secta. Y el único dios es él, y la única sacerdotisa es su hermana.

Parte III – El Ocaso

Capítulo 8: Los vetos derrotados

El Congreso de la Nación Argentina, ese edificio neoclásico a menudo despreciado como un antro de la "casta", se convirtió en la muralla donde se estrelló la ola libertaria. Fue una batalla de procedimientos, de reglamentos y de votos, un drama institucional que demostró que la República era más resistente de lo que el león creía.

El primer golpe, y el más simbólico, fue el rechazo del megadecreto en el Senado. Tras un debate maratónico, la Cámara Alta votó por 42 a 25 en contra del DNU 70/2023. Aunque el decreto necesitaba el rechazo de ambas cámaras para ser invalidado por completo, la derrota en el Senado fue una herida profunda. Por primera vez, un poder del Estado rechazaba formalmente la totalidad del proyecto refundacional de Milei. La señal era inequívoca: no tenía el poder para gobernar por decreto.

Pero el golpe de gracia llegó con una ley de menor perfil mediático pero de un simbolismo devastador: una norma que declaraba la emergencia en materia de discapacidad. Milei, obsesionado con el déficit cero, la vetó argumentando razones fiscales. Fue un error de cálculo político fatal. La oposición, unida a sectores de bloques provinciales, vio la oportunidad.

Por primera vez en más de 22 años, el Congreso activó el mecanismo constitucional de la "insistencia". Con una mayoría de dos tercios en ambas cámaras, anularon el veto presidencial. Fue un hecho de una enorme gravedad institucional, un desafío directo a la autoridad del jefe de Estado que no se veía desde la crisis de 2002. La historia de los vetos en Argentina muestra lo excepcional de esta medida; presidentes como Néstor y Cristina Kirchner, o Mauricio Macri, nunca enfrentaron una rebelión de esta magnitud.

Estas derrotas legislativas fueron mucho más que reveses políticos. Destrozaron el mito central del mileísmo: la idea de que su arrollador triunfo electoral le había otorgado un mandato popular ilimitado, una fuerza imparable capaz de barrer con las viejas instituciones. Cuando esas instituciones, encarnadas en el Congreso, se mantuvieron firmes, resistieron y ganaron, la armadura del león se resquebrajó.

El presidente basaba su poder en la creencia de que su voluntad era la voluntad del pueblo, y que el Congreso era una reliquia ilegítima. La votación demostró que la Constitución y la división de poderes seguían vigentes. El león rugió, pero los muros de la República no se derrumbaron. La derrota no solo lo debilitó a él; envalentonó a todos sus enemigos. Le demostró al país que no era invencible.

Tras la votación que anuló el veto, una senadora de la oposición, una de las voces más críticas del gobierno, salió a hablar con la prensa en el Salón de los Pasos Perdidos. Su rostro era serio, pero sus ojos brillaban con una victoria contenida.

—Hoy —dijo, su voz resonando en el mármol del palacio—, el Congreso le ha recordado al Presidente que es el presidente de una república, no el rey de una selva. La ley está por encima del león.

Capítulo 9: Mercados en llamas

El rugido del león ya no asustaba a los mercados. Ahora, solo los irritaba. El dólar, esa bestia indomable que mide la fiebre de la desconfianza argentina, había comenzado a galopar sin jinete. Cada mañana, las pantallas de la City porteña se teñían de rojo. Los bonos soberanos, rebautizados como "bonos basura", se despeñaban en un abismo del que nadie preveía un fondo. El Riesgo País, ese número abstracto que se traducía en el costo prohibitivo de existir para una nación, escalaba por encima de los 3.000 puntos, un territorio reservado para países en guerra o al borde del colapso total.

La City era un hervidero de rumores. Los operadores, con los teléfonos pegados a las orejas, gritaban órdenes de venta, deshaciéndose de cualquier activo que oliera a Argentina. La fuga de capitales no era un goteo, era una hemorragia. Los mismos fondos de inversión que meses atrás habían enviado a sus analistas a la Casa Rosada para "entender el modelo", ahora lideraban la estampida.

—Esto no es económico, es político —sentenciaba un veterano corredor de bolsa en un bar de la calle Reconquista—. Nadie cree que pueda gobernar. El león está solo, encerrado en la jaula, y los de afuera le están tirando piedras.

El Presidente intentó un último rugido. En una breve y tensa conferencia de prensa, culpó a la "casta" de una "operación desestabilizadora". Habló de "manos negras" y de "terrorismo económico". Pero sus palabras ya no movían el amperímetro. Sonaban a excusa, al gruñido de un animal herido que ya no infunde temor, sino lástima. El mercado, cruel y pragmático, solo escuchaba un sonido: el de la licuadora del poder presidencial quedándose sin combustible.

Los noticieros abrían con la pizarra del dólar blue, que marcaba un nuevo récord cada día. La inflación, que se había desacelerado dolorosamente, amenazaba con volver a un régimen de tres dígitos mensuales. Era el escenario perfecto para el caos, la excusa ideal para justificar un final abrupto. Los mercados temblaban, sí. Pero la crisis financiera solo era la fiebre, el síntoma visible de una infección mucho más profunda y purulenta que carcomía al gobierno desde adentro.

Lo que terminaría de hundir al león no era el precio del dólar, que al final del día era solo un número en una pantalla. No eran los bonos, ni el riesgo país. Era algo mucho más corrosivo, más íntimo y, por lo tanto, más letal: la traición. El veneno no estaba en Wall Street. Estaba en su propia sangre, en el círculo de poder que él mismo había creado. La verdadera crisis no era económica. Era moral. Y estaba a punto de estallar.

Capítulo 10: La derrota en Buenos Aires

El día de la elección amaneció gris y húmedo, como si el cielo de Buenos Aires supiera lo que estaba por venir. Desde temprano, los voceros del gobierno inundaron los medios con un optimismo forzado, hablando de "remontadas históricas" y de la "voluntad silenciosa del pueblo". Pero a medida que avanzaba la tarde, el aire en el búnker de La Libertad Avanza se fue enrareciendo.

Los primeros datos de las mesas testigo llegaron pasadas las dieciocho. Eran catastróficos. Luego, la boca de urna, que confirmaban la debacle. La provincia de Buenos Aires, la madre de todas las batallas, el distrito que puede consagrar o sepultar a cualquier presidente, le estaba dando la espalda de una manera humillante.

La elección se había convertido en un plebiscito sobre la figura de Javier Milei. El colapso económico de las últimas semanas [Capítulo 9] y el hedor del escándalo de corrupción que envolvía a su hermana [Capítulo 11] habían sido el combustible perfecto para la maquinaria electoral del peronismo, que movilizó hasta el último de sus votantes.

Pero la derrota era más profunda que una simple victoria del aparato peronista. Los números mostraban una sangría de votos en la clase media

urbana, en esos barrios que habían sido el corazón de la "rebelión de los leones" en 2023. El voto bronca que lo había llevado al poder se había transformado en un voto castigo. La esperanza se había convertido en desilusión.

A las nueve de la noche, con los resultados oficiales confirmando una diferencia de más de trece puntos, el candidato a gobernador de La Libertad Avanza salió al escenario a reconocer la derrota. El salón, decorado con los colores amarillo y negro del partido, parecía un velorio. Las caras largas, los abrazos de consuelo, el silencio espeso.

Javier Milei no estaba en el escenario. Lo observaba todo desde una sala privada, a través de un monitor. Cuando su candidato terminó de hablar, las cámaras del búnker buscaron al Presidente, esperando una reacción, un gesto. Pero su rostro permaneció impassible, una máscara de cera. No había ira, ni tristeza, ni sorpresa. Solo un vacío glacial.

La derrota en Buenos Aires fue el momento en que la "mayoría silenciosa" que Milei siempre invocó finalmente habló. Y su veredicto fue lapidario. Demostró que su base de apoyo, más allá de un núcleo de fieles, era ancha pero poco profunda, unida más por el espanto al pasado que por la fe en su futuro. Cuando el dolor del ajuste superó al recuerdo de la crisis anterior, esa base se fracturó y

lo abandonó. El león rugía, pero la manada ya no lo seguía.

El rugido se había apagado. En su lugar, solo quedaba un silencio escalofriante.

Capítulo 11: Los escándalos de familia

El correo llegó a la casilla genérica de "investigaciones" del portal de noticias uruguayo. No tenía asunto. El remitente era una dirección encriptada de ProtonMail. Adentro, un único archivo comprimido, protegido por una contraseña simple: "Babilonia".

El periodista de turno, un joven insomne movido por café y ambición, estuvo a punto de borrarlo. Podía ser un virus, spam, una broma. Pero la curiosidad, esa enfermedad incurable del oficio, lo detuvo. Descargó el archivo. Ingresó la clave. Y el contenido se desplegó en su pantalla como una plaga bíblica: cuarenta y siete archivos de audio.

Le dio play al primero. La calidad era pésima, grabada con un celular en un bolsillo, pero la voz era inconfundible. Era Federico Spagnuolo, el operador todopoderoso, el arquitecto del triunfo libertario, el hombre que le susurraba al oído al Presidente. Y no estaba solo. Del otro lado, se escuchaba la voz de un empresario de la construcción, quejándose.

—Federico, no me dan los números. Karina me pide un 15% para autorizar la licitación. ¡Es una locura! Ni los kirchneristas pedían tanto. La respuesta de Spagnuolo fue un suspiro cansado. —Es el peaje. Lule es el que recauda. Kari da el OK final. Es la única forma de que las cosas salgan. El Jefe lo

necesita para la política. Hablá con Lule, decile que vas de mi parte, a ver si te lo baja a 12.

El periodista sintió un escalofrío. Siguió escuchando. Audio tras audio, el patrón se repetía. Nombres de empresas. Cifras de sobornos. Licitaciones de obra pública, concesiones en el sector energético, aprobaciones aduaneras. Y siempre, dos nombres flotando sobre la cloaca: Karina Milei, "El Jefe", la hermana y Secretaria General de la Presidencia. Y Lule Menem, el sobrino del expresidente, el ejecutor silencioso.

A las 5 a.m., el portal uruguayo subió la primera nota con un título deliberadamente aséptico: "Filtran audios que involucran a altos funcionarios del gobierno argentino en presuntos pedidos de coimas". Fue como encender un fósforo en un depósito de combustible.

La Explosión

Para las 7 a.m., el incendio había cruzado el Río de la Plata. Los portales argentinos, que quizás habían recibido el mismo material pero no se habían atrevido, ahora levantaban la primicia citando a su colega uruguayo. A las 8 a.m., el tema dominaba todas las radios. A las 9 a.m., los canales de noticias ya tenían graph rojos a toda pantalla: "EL KARINAGATE", "LOS AUDIOS DE LA CORRUPCIÓN LIBERTARIA".

El gobierno, en un primer momento, guardó un silencio sepulcral. El vocero presidencial canceló su conferencia de prensa diaria. Los ministros no respondían sus teléfonos. La Casa Rosada era un castillo fantasma. El león, por primera vez, no rugía. Parecía no saber cómo reaccionar. Había pasado años denunciando a la "casta corrupta", y ahora la corrupción le explotaba en el living de su casa, protagonizada por su propia hermana.

Voz Externa: Testimonio ficticio de un militante libertario de primera hora, en un grupo de WhatsApp que arde.

“No puedo creerlo, loco. Dejé todo por este proyecto. Me peleé con mi familia, con mis amigos. Creí que de verdad venían a terminar con los curros. ¿Y ahora esto? ¿‘El peaje’? ¿Un 15%? ¡Son peores que los K! Nos usaron. Nos vieron la cara de boludos. Yo no milité para que la hermanísima y el sobrino de Menem se llenaran de guita. Me siento un idiota. Un completo idiota traicionado.”

La traición era la palabra que flotaba en el aire. La caída del león no estaba siendo provocada por sus enemigos declarados —el kirchnerismo, los sindicatos, la izquierda—. Estaba siendo demolido desde adentro, por los suyos. El escándalo no era solo un acto de corrupción; era una refutación total de su sermón moral.

Los periodistas más astutos recordaron el "pecado original". El Decreto 12/2023, firmado por Javier Milei a las pocas horas de asumir, que modificaba una ley de ética pública para permitirle nombrar a su hermana en un cargo del Estado. En su momento, se justificó como una necesidad de tener a alguien de máxima confianza. Ahora, se revelaba como el acto fundacional del mecanismo de corrupción. El león no había puesto a un guardián en el gallinero; había nombrado a un zorro.

La Escena Judicial

Dos semanas después, Federico Spagnuolo, acorralado por la justicia y abandonado por el gobierno, se sentó a declarar como "imputado colaborador" ante el juez federal. La sala de audiencias del tercer piso de Comodoro Py estaba abarrotada de periodistas.

Spagnuolo ya no era el operador soberbio y todopoderoso. Vestía un traje gris que le quedaba grande y había perdido varios kilos. Su mirada era una mezcla de miedo y resentimiento. Habló durante cuatro horas. Su voz, ahora amplificada por los micrófonos de la corte, era fría y precisa. No gritaba. No insultaba. Solo describía, con una minuciosidad letal, el funcionamiento de la maquinaria.

—El sistema era simple—dijo, mirando fijamente al juez—. Ningún expediente importante, ninguna

licitación, ningún pago del Estado salía sin el visto bueno de la Secretaría General de la Presidencia. Ella no tocaba el dinero. Para eso estaba el señor Lule Menem. Él era el contacto con los empresarios. Él negociaba los porcentajes. Él recaudaba. Yo era el encargado de la parte política, de garantizar que los ministros y secretarios entendieran las órdenes y no hicieran preguntas.

Un fiscal le preguntó: —¿El Presidente de la Nación estaba al tanto de estas maniobras? Spagnuolo bebió un sorbo de agua. El silencio en la sala era absoluto. —*El Presidente estaba al tanto de todo* —dijo, y cada palabra cayó como un martillazo—. *Él mismo me dijo: ‘Karina es mis ojos y mis oídos. Lo que ella dice, es lo que digo yo’. Él creía que la recaudación era un mal necesario para financiar la construcción de su proyecto político. Para comprar lealtades en el Congreso, para financiar la campaña del año que viene.*

Voz Externa: Un importante empresario del sector energético, en un almuerzo privado con periodistas (off the record).

“Al principio, creímos que el cambio era en serio. Aire fresco. Pero a los pocos meses, nos llegó el mensaje. Si queríamos que nos aprobaran la fusión, teníamos que ‘colaborar’. El interlocutor fue Lule. Fue muy profesional, te diría. Nos dijo:

‘Muchachos, esto es nuevo, pero las reglas son las de siempre. Hay que sostener a la política’. Le pagamos, por supuesto. ¿Qué íbamos a hacer? Pero el cinismo fue brutal. Vinieron a dinamitar a la casta y terminaron montando una oficina de peajes más cara que la anterior.’”

La Jaula Final

El impacto político de la confesión fue devastador. La oposición, que hasta entonces había estado fragmentada, encontró un punto de unión: el pedido de juicio político. Un diputado de la UCR, un hombre de discurso pausado, lo resumió en el recinto: "El Presidente construyó toda su carrera sobre la promesa de la superioridad moral. Dijo que era un león que venía a limpiar la política de las ratas. Pero su propia hermana resultó ser la reina de las ratas. Cayó en su propia trampa. Su castillo de pureza moral estaba construido sobre un pantano de corrupción familiar. Ya no tiene autoridad para gobernar".

El león estaba encerrado. La jaula ya no eran los muros del Congreso o la resistencia de los sindicatos. La jaula, ahora, era su propia casa. Su despacho en la Casa Rosada. Su soledad. ¿Cómo podía rugir contra la corrupción si él pus supuraba desde su propia mesa de luz?

Los militantes, los que habían creído, los que se habían tatuado su cara, quemaban remeras con el logo del león en las plazas. El sueño libertario había muerto, ahogado en la misma cloaca de la que prometió sacarlos.

Esa noche, un canal de noticias puso al aire un último fragmento de la declaración de Spagnuolo que había pasado desapercibido entre tantos titulares. Era el final de su testimonio, cuando el juez le preguntó si alguna vez había advertido al Presidente del riesgo que corría.

Spagnuolo miró a la cámara de seguridad de la sala, como si supiera que esas imágenes se verían en todo el país, como si le estuviera hablando directamente a un solo hombre.

Cliffhanger:

Con una calma helada, Spagnuolo pronunció la frase que sellaría el destino de un gobierno y rompería el último vestigio de un mito. —*Yo se lo dije. Meses antes de que todo esto explotara. Fui a su despacho y le dije: ‘Presidente, Karina te va a hundir. Esto va a terminar mal’. Él me miró, y nunca me voy a olvidar de lo que me respondió. Me dijo: ‘Federico, yo confío más en mi hermana que en vos’. Y él lo sabía. Lo sabía todo.*

Capítulo 12: La soledad del poder

La Quinta de Olivos se había transformado en una jaula de oro. En los días finales de su presidencia, Javier Milei se atrincheró en la residencia oficial, un espectro deambulando por salones vacíos. Los aliados lo habían abandonado. El gabinete era un conjunto de funcionarios aterrados que esperaban el desenlace. El país, que una vez lo había aclamado como un mesías, ahora lo observaba con una mezcla de ira y lástima.

Su aislamiento político era el reflejo de una soledad personal que lo había acompañado toda la vida. Su biografía estaba marcada por una infancia de abusos y maltratos por parte de sus padres, a quienes llegó a considerar "muertos" para él. Esta herida temprana forjó una personalidad desconfiada, incapaz de establecer lazos fuera de un círculo minúsculo e hiperleal.⁸⁷ Ese círculo se reducía a dos entidades: su hermana Karina, su ancla emocional y política, y sus perros.

Cuando el escándalo de corrupción salpicó a Karina, el único pilar humano de su mundo se tambaleó. Traicionado por Spagnuolo, un hombre de su máxima confianza, y con su hermana bajo investigación judicial, su universo se contrajo hasta reducirse a su única manada incorruptible, la única que le ofrecía lealtad incondicional: sus cinco

mastines ingleses, clones de su amado perro Conan.⁸⁹

Pasaba horas con ellos. Los asesores que lograban verlo contaban que lo encontraban en los caniles, hablando con los animales, a quienes llamaba sus "hijos de cuatro patas". Su comportamiento, que siempre había sido excéntrico, ahora bordeaba el desapego de la realidad. Su perfil psicológico, analizado por expertos como narcisista y con una bajísima tolerancia a la frustración, se exacerbó ante la adversidad. El líder volcánico que no aceptaba un "no" por respuesta era incapaz de procesar el fracaso.

La presidencia, en lugar de ser la culminación de su ascenso, se convirtió en el escenario de su colapso psicológico. El poder no lo conectó con la nación; lo aisló por completo, encerrándolo en la prisión de sus propios demonios. Su retiro al mundo de sus perros no era ya una anécdota de color, sino un síntoma de una abdicación total de sus responsabilidades, una huida de un mundo humano que ya no podía controlar ni comprender. El rugido que había despertado a millones se había convertido en un murmullo para cinco perros.

Una noche, un custodio que hacía la ronda por los jardines de Olivos lo vio a través de una ventana. El Presidente estaba sentado en el suelo de un salón inmenso y despojado, rodeado por las cinco bestias gigantescas que lo miraban con devoción. El

custodio se detuvo, fascinado y perturbado por la escena. Pudo ver cómo Milei acariciaba la cabeza de cada uno, susurrándoles algo al oído. Se acercó un poco más, hasta poder oír la voz rota del hombre más poderoso y más solo del país.

—Solo ustedes entienden. Solo ustedes son leales.

Epílogo: El último rugido

Meses después. Un departamento anónimo en el barrio de Belgrano. El silencio. Ya no hay sirenas, ni multitudes, ni cámaras. Solo el zumbido del refrigerador y el murmullo lejano del tráfico de Buenos Aires.

Javier Milei se mira en el espejo del baño. El rostro que le devuelve la mirada es el de un extraño. El pelo salvaje está más corto, más dócil. Las ojeras son profundas, crónicas. La furia en sus ojos, esa energía nuclear que había cautivado a un país, se ha atenuado hasta convertirse en una brasa de cansancio y amargura.

La mente viaja hacia atrás. Recuerda el vértigo del ascenso, los estudios de televisión rendidos a sus pies, las plazas repletas coreando su nombre. Recuerda la sensación de omnipotencia en la Casa Rosada, la creencia genuina de ser un elegido por las "fuerzas del cielo" para salvar a la nación. Y luego, la caída. Lenta al principio, y después, un desplome vertiginoso.

¿Qué fue? ¿Una traición de la casta, una operación de los enemigos de la libertad, como se repetía a sí mismo en las noches de insomnio? ¿O fue algo más profundo, algo que venía de adentro?

El espejo no miente. En él no está el león, el avatar mesiánico. Está Javier. El hombre cuya desconfianza patológica lo llevó a construir un gobierno de secta. El hombre cuya intolerancia a la disidencia lo enemistó con todos. El hombre cuya necesidad de lealtad absoluta lo llevó a entregarle un poder desmedido a su hermana, abriendo la puerta al escándalo que lo destruyó todo.

El último rugido no es un grito. Es una implosión silenciosa. La dolorosa comprensión de que el mayor enemigo del león no estaba afuera, en el Congreso o en los sindicatos. Estaba adentro. Su propia naturaleza, su propia historia, sus propias heridas, habían devorado su revolución.

Se aparta del espejo. Por la ventana abierta entra el sonido de la ciudad. Una bocina, la sirena de una ambulancia, risas lejanas en un bar. La vida sigue. Argentina, con su infinita capacidad de resiliencia y olvido, ya ha pasado página. El país ha seguido adelante, indiferente. Se ha vuelto irrelevante.

Capítulo 13 – El juramento silencioso

El aire en el hemiciclo del Senado era una materia densa, casi sólida. Una mezcla irrespirable de perfume caro, sudor nervioso y el peso de la historia argentina que se adhería al terciopelo rojo y a la madera oscura. El recinto, habituado a los debates grandilocuentes y las chicanas ruidosas, estaba sumido en un murmullo tenso, el zumbido de una colmena que ha perdido a su rey y espera, con pánico y expectación, la llegada de una nueva reina.

Las bancas estaban repletas. En los palcos, gobernadores, embajadores y jueces de la Corte Suprema actuaban como veedores del poder, sin importar quién lo ostentara. Todos los ojos estaban fijos en el estrado de la presidencia y, a su lado, en el vacío tapizado en cuero que gritaba más que cualquier discurso: la silla ausente de Javier Milei. La Asamblea Legislativa había aceptado su renuncia hacía menos de un día. El juicio político ya no era necesario. El león, finalmente, se había rendido.

A las 12:03 p.m., un ujier anunció su entrada y el murmullo se cortó en seco. Victoria Villarruel caminó sola por el pasillo central. Vestía un traje sastre de color azul noche, severo, casi marcial. Su rostro era una máscara de control absoluto; su mirada, fija en el estrado. No proyectaba la furia mesiánica de su predecesor, sino la fría autoridad de quien entiende el poder como un instrumento y no como un escenario.

Subió los escalones. El presidente provisional del Senado la esperaba junto a la Constitución abierta sobre un atril. Villarruel colocó su mano derecha sobre el libro sagrado de la República.

—Doctora Victoria Eugenia Villarruel, ¿juráis por Dios, la Patria y sobre estos Santos Evangelios, desempeñar con lealtad y patriotismo el cargo de Presidenta de la Nación Argentina?

Levantó la vista y su mirada barrió el recinto. No era una mirada de desafío, sino de mando. Su voz, clara y sin un ápice de duda, resonó en el silencio.

—Sí, juro.

Un aplauso atronador, casi un desahogo colectivo, estalló en el recinto. Los legisladores de la oposición aplaudían con alivio visible; los empresarios, con una discreción satisfecha. El puñado de libertarios que quedaban miraba el suelo, mudos testigos de la más tradicional de las ceremonias de la "casta".

Tomó el bastón de mando. No lo blandió como un trofeo; lo sostuvo con firmeza, con las dos manos, como un cirujano sostiene un bisturí.

Se acercó al atril y desplegó una sola hoja. Su discurso no duró más de cinco minutos, una pieza de orfebrería política diseñada para suturar las heridas de un país en carne viva.

—Asumo la Presidencia de la Nación en la hora más oscura. Vengo a cerrar un capítulo de caos y a abrir uno de orden. No vengo con dogmas ni con profecías. Vengo a ofrecer trabajo, sobriedad y un profundo respeto por las instituciones. La primera tarea será garantizar la paz social. No hay libertad posible en medio de la anarquía.

Cada frase era una demolición silenciosa del credo que la había llevado, como vicepresidenta, a ese mismo lugar.

—Convoco a todos los sectores a un gobierno de unidad para la reconstrucción. No hay más tiempo para los gritos. Es tiempo de gobernar.

Terminó con un sobrio y casi inaudible "Muchas gracias". El aplauso, esta vez, fue unánime. El alivio era palpable.

La Reconstrucción

Corte a: Un despacho austero en el anexo del Congreso. Minutos después.

La euforia de la ceremonia se había disipado, dando paso a la cruda realidad. Un veterano gobernador peronista, de esos que han sobrevivido a mil tormentas, terminaba una llamada en su teléfono. Su rostro no reflejaba victoria, sino un profundo agotamiento.

—Necesitamos 72 horas de paz social —dijo con voz grave al interlocutor—. Hablá con los gremios. Que levanten el paro. Después nos sentamos a discutir todo. Todo. Pero ahora, necesito calma.

Colgó y se frotó los ojos. Un joven diputado de su bloque, que lo había esperado en silencio, no pudo contener su alivio. —Se terminó, gobernador. La pesadilla terminó.

El gobernador lo miró, y en sus ojos no había celebración, sino el peso de la responsabilidad.

—No terminó nada, pibe. Recién empieza. El experimento terminó, que es distinto. La gente no votó por un presidente, votó por un grito de hartazgo. Y el grito dejó todo hecho pedazos.

Señaló con la cabeza hacia el hemiciclo, donde aún quedaban algunos funcionarios saludándose para las cámaras.

—Nadie está festejando acá. Esto no es una victoria, es una convocatoria. El país está quebrado, no solo en lo económico, sino en lo moral, en la confianza. Y cuando la casa se prende fuego, no te ponés a discutir quién tiró el fósforo. Agarrás los baldes y empezás a apagar el incendio.

Tomó su saco del respaldo de la silla. Su agenda del día no incluía festejos, sino reuniones con sindicatos, empresarios y el resto de los gobernadores.

—El león prometió una demolición y cumplió. Ahora, la sociedad no busca otro profeta. Busca a los arquitectos de siempre, a los que saben dónde están los cimientos, para ver si la casa se puede volver a levantar. Nuestro trabajo, para 2027, no es ganar una elección. Es asegurarnos de que todavía quede un país para gobernar.